

# LA LUCHA DE UN MÉDICO CATALÁN PARA ERRADICAR UNA EPIDEMIA EN GUATEMALA

**SANDOVAL, Marta**

*Doctora en Ciencias Sociales y máster en Periodismo. Ciudad de Guatemala (Guatemala). martasand@gmail.com*

**Rebut:** 27 de gener de 2022

**Acceptat:** 1 de març de 2022



**Figura 1.** *Narcís Sardà i Riusech (Figueres, 1857-Guatemala, 1937).*

Al doctor Sardà le tiembla la mano en el papel. Él, que tiene el pulso del mejor cirujano, ahora está escribiendo con los dedos temblorosos, sabe que cada segundo cuenta y que las palabras que pone por escrito pueden salvar a una comunidad entera. Dobra la hoja y la guarda en un sobre que lleva sus iniciales. Sale de casa sin mediar palabra, corre al edificio de la alcaldía, entra con pasos firmes; su enorme estatura, su larga barba blanca y el sombrero al estilo marinero que siempre lleva, hacen que todo mundo vuelva la mirada hacia él, pero esta vez su presencia es más fuerte, más severa. Trae malas noticias y eso se le

**CITACIÓ DE L'ARTICLE:** SANDOVAL, Marta. "Narcís Sardà i Riusech. La lucha de un médico catalán para erradicar una epidemia en Guatemala". A: *Gimbernat* [Barcelona], 2022; 78: 157-170. <https://doi.org/10.1344/gimbernat2022.78.9>

nota en la mirada. Exige que el jefe de la municipalidad lo reciba inmediatamente: “Es un asunto de vida o muerte”, asegura.

Es 1896 y el doctor Narcís Sardà Riusech se encuentra ante el comienzo de la epidemia de la fiebre amarilla, donde morirán cientos de personas, pero eso él todavía no lo sabe, nada más lo teme, ha visto los signos de que se está acercando y quiere que las autoridades municipales hagan algo antes de que sea demasiado tarde.

El manejo de esta emergencia nacional hará que el doctor Narcís Sardà Riusech, nacido en Figueras (Cataluña), en enero de 1857 y radicado en Guatemala desde 1886, se convierta en una de las figuras más importantes de la medicina en el país centroamericano. Pero no será la única ocasión, su largo e incansable trabajo le llevará a recibir distinciones presidenciales, a inventar medicamentos revolucionarios para su época y a tener que ampliar cada vez más su sanatorio, porque los pacientes le buscan de todas partes, incluso de países vecinos.

La fiebre amarilla se originó muchos siglos atrás, la primera referencia que existe sobre esa enfermedad data de 1648 y está mencionada en las cartas que Fray Diego López de Cogullo envió a España.<sup>1</sup> El religioso contaba que la piel de las personas se tornaba amarilla y los vómitos negros, y que morían al cabo de unos días. Llegó, aseguraba el fraile, en los barcos mercantes que provenían de África. Y desde entonces el virus no se fue, se escondió por años y luego se asomaba cuando menos lo esperaban.

En la Gazeta de Guatemala del 3 de septiembre de 1804 se lee la noticia de que una epidemia recorre el litoral del Pacífico, aunque no llegan a llamarle “fiebre amarilla” queda claro que lo era por la descripción de los síntomas.<sup>2</sup>

Medio siglo después, un batallón de soldados cae enfermo, tienen fiebre, ictericia y vómitos incontrolables. Recién habían llegado a Guatemala procedentes de Omoa, a donde fueron a una misión. Como se trataba de militares, estaban todos concentrados en el mismo hospital y eso evitó que el virus se esparciera. Pero no se extinguió. Tres años después, en Escuintla, un departamento caluroso al sur del país, volvieron a presentarse los mismos síntomas, y años más tarde el doctor Sardà atendió a tres hombres que inequívocamente padecían fiebre amarilla.

Lo primero que hizo fue indagar dónde habían estado, si habían viajado o tuvieron contacto con extranjeros. Descubrió entonces que cinco días antes estuvieron de visita en Retalhuleu, una comunidad al sur del país. En Retalhuleu los médicos llegaron a la conclusión de que no era fiebre amarilla, era verdad que varios vecinos estaban enfermos de gravedad, pero no era una epidemia, ni mucho menos. Así que nada se hizo para contenerla.

De vuelta en su casa, ubicada en el municipio de San Antonio Suchitepéquez, cerca de la frontera con México, Narcís contempló la belleza de su tierra de adopción, un poblado rodeado de árboles de todos los tonos de verde, que daban sombra a los cafetales y a los cacao, y que eran como una muralla natural que les protegía del exterior. Sintió la brisa que anunciaba que iba a llover y cerró las ventanas de madera de su casa, pronto, ese aguacero de la costa, que se derrama de golpe, furioso, como si alguien hubiese abierto todo el grifo de un chorro gigante, y que se cierra también de golpe, como una carcajada, dejó el pueblo mojado. Las calles de piedra, que casi siempre van en laderas deslizaban el agua con tal rapidez que muy pronto estaban secas. El sol que se escondió por unos minutos volvía a irradiar con fuerza. Casi treinta grados de un calor que la lluvia refrescó solo por unos minutos.

Narciso solía sentirse seguro en su pueblo, pero ahora una preocupación se había instalado en su mente, Retalhuleu estaba tan cerca y, él no tenía dudas, había allí una epidemia de fiebre amarilla que podría mudarse en cualquier momento. Una mañana de mayo de 1896 un aviso sobresaltó al doctor; sentado en su mecedora, frente a su farmacia, vio llegar a un muchacho descalzo, empapado en sudor, que le dijo casi en un susurro que habían sacado un cadáver de una de las casas. Se trataba de un hombre joven, que aparentaba buena salud. Narciso no entendía qué podía pasar, los habitantes de San Antonio, que por entonces eran 3.800, solían gozar de buen estado, no había en su comunidad enfermedades graves. Ese año murió una persona de 110 años, y el anterior uno de 112, eran gente longeva, sin achaques.<sup>3</sup>

Al llegar a la casa del fallecido, el doctor Sardá sintió un escalofrío: el virus estaba en su pueblo. Adentro, tres enfermos en completa agonía mostraban sus pieles amarillas, sudor en la frente y altas temperaturas. Preguntó si habían viajado a algún sitio y le confirmaron lo que ya intuía: hacía cinco días regresaron de Retalhuleu, empezaron a sentirse mal dos o tres días después.

Hizo lo que pudo por atenderlos y se fue sin demoras para correr a su escritorio, tenía que redactar una misiva para el alcalde, pedirle, no, más bien exigirle, que aislara la casa y a sus habitantes, que le ayudara a contener una epidemia que



**Figura 2.** Narcís Sardà en su despacho de “Villa Gloria”.  
(Fuente: Galeria de Metges Catalans. Extraído de Hora Nova. Arxiu Comarcal de l’Empordà).



**Figura 3.** El Dr. Narcís Sardà y su familia.  
(Fuente: Galeria de Metges Catalans. Extraído de Hora Nova. Arxiu Comarcal de l’Empordà).

podría tener consecuencias fatales para todos. “Si no se toman medidas higiénicas y enérgicas en el acto toda la población estará amenazada”, escribió al tiempo que proponía “el aislamiento total de los enfermos y la desinfección de la casa, dejándola incomunicada con el resto del pueblo”.<sup>4</sup>

Ante la petición, el alcalde negó con la cabeza. El médico, tan afamado y querido en el pueblo, le inspiraba respeto, pero no creía que fuera necesario mover un dedo ante la tragedia de tres pobres desdichados que se enfermaron de Dios sabe qué. Narciso le explicaba en la carta que los tres habían estado en Retalhuleu y que esos síntomas no podían ser de otra cosa que fiebre amarilla, le dejaba en claro que se trataba de un mal altamente contagioso y que podría matar a cientos de personas en cuestión de días. El alcalde no hizo nada de lo que el médico le pedía. Pensó que todo estaría bien.

No tenía razón.

Al día siguiente uno de los vecinos presentó los mismos síntomas. El virus se iba regando calle a calle, persona a persona. Don Narciso corrió a la alcaldía: “es necesario aislar el barrio completo”, suplicó. Pero otra vez, se encontró con la negativa de un alcalde que no podía ver la tormenta que se avecinaba.

El día 23 de julio, apenas dos meses después del primer caso, en San Antonio había ya más de cuarenta infectados. Fue hasta entonces que las autoridades tomaron cartas en el asunto.

Luchando en solitario una tarde don Narciso recibió una carta sellada, se notaba por el sobre que era algo importante, se lo confirmó el remitente: Manuel Estrada Cabrera. El que pronto se convertiría en presidente del país, pero por entonces era Secretario de Estado, le pedía que tomara las riendas de la emergencia y le nombraba jefe del Lazareto. Narciso no dudó en aceptar, porque, de hecho, antes de que los gobernantes lo notaran, él ya estaba trabajando como un Quijote ante un virus más poderoso que un molino de viento. La carta no era más que los refuerzos que tanto anhelaba.

Lo primero que hizo fue estudiar a fondo todos los factores. No podía dedicarse solo a atacar los síntomas sin dilucidar cómo erradicarla de raíz. Sabía que este mal era un monstruo de miles de cabezas y que cortando alguna no conseguiría nada. Una de las primeras cosas que notó fue que los contagios se daban de persona a

persona, y que aislarlos era la forma más rápida de frenar la enfermedad. “En todos los casos se podía dar con el caso anterior que producía la infección: esto casi con rigor matemático, a tal extremo, que se podría formar con ellos algo así como un árbol genealógico, en el cual, de un tronco común figurado por los de la primera casa infectada, salieran los tallos y de estos las ramas extendidas ya en todas direcciones”, escribió en un informe al presidente.

Siguió estudiando y atisbó otras conclusiones: las mujeres solían recuperarse mejor que los hombres; los ancianos mayores de 65 años rara vez se enfermaban de gravedad y los bebés no desarrollaban mayores síntomas. El doctor Sardá estudió incluso la dirección del viento, quería confirmar que el virus no podía viajar arrastrado por un ventarrón. “Hubo verdaderas tempestades, con descargas eléctricas y vientos huracanados y no sufrió modificación la enfermedad ni fue transportada en el sentido de la dirección de los vientos”, escribió.

Encontrar la causa del contagio era un verdadero reto, porque los pacientes solían presentar síntomas muy diferentes. Algunos ardían en fiebres, pero otros no llegaban nunca a tenerlas.

El doctor decidió que la mejor medicina para los enfermos era el bisulfato de carbono y muy pronto rindió frutos. De los 162 enfermos que no recibieron tratamiento con el doctor Sardá 63 fallecieron; pero de los 158 que sí fueron atendidos con los medicamentos de Narciso solo 6 murieron. Su tratamiento era efectivo. El único problema era que en muchas ocasiones los pacientes buscaban ayuda cuando ya era demasiado tarde.<sup>5</sup>

El doctor apuntó en su informe que el pronóstico de cura no dependía de la gravedad de los síntomas sino de la rapidez con que recibieran medicamento.

Muchos médicos recetaban medicinas tradicionales a los pacientes y veían que en lugar de curarlos enfermaban de gravedad al instante. El doctor Sardá salió al llamado, pedía, imploraba a sus colegas que no las recetaran, porque eran medicamentos que se excretaban por los riñones y la fiebre amarilla atacaba con rudeza a estos órganos; el medicamento solo empeoraba la situación. Para hacerlos entrar en razón, se valía de los nombres de grandes hombres de ciencia que ya habían advertido esto en Europa: “Jacoud, Dujardin Beaimetz, Lavaide, Lagrave y Renoy dicen que estas son contraindicaciones absolutas; lo dice también el raciocinio sobre su modo de acción”, escribió.<sup>6</sup>

El doctor no paraba, iba de casa en casa, a pie o a caballo, buscando a los enfermos. Llevaba su maletín con medicamentos y su libreta para anotar cualquier cosa que resultara interesante para la investigación científica. En una ocasión el enfermo que encontró era un niño pequeño, apenas tenía cinco años y presentaba la piel amarilla, fiebre y vómitos. Era indudable que estaba contagiado. Le dejó a la madre un frasco con agua sulfocarbonatada y le pidió que le diera diez cucharadas al día. Volvió a la mañana siguiente para ver cómo estaba. La madre le recibió emocionada y agradecida: el niño estaba sano. Le dijo que, cuando vio lo rápido que funcionaba el medicamento y lo bien que le caía, obvió la instrucción de darle diez cucharadas y le sirvió el litro entero. El doctor Sardá abrió grandes los ojos y se llevó las manos a la cabeza, aquello había sido un riesgo muy alto, sin embargo, y para su buena fortuna, el niño no se había intoxicado, por el contrario, la mayor cantidad ayudó que la mejoría fuera más rápida.

El doctor Sardá pidió al gobierno que erogaran los fondos necesarios para construir un cementerio especial para los fallecidos por la epidemia. También el dinero necesario para la desinfección de todas las calles y de las casas en las que hubo enfermos.<sup>7</sup>

En el mes de septiembre el doctor Sardá dio por concluida la epidemia. San Antonio volvía a recibir la lluvia que refrescaba la tarde y dejaba las calles empedradas mojadas apenas por unos minutos, antes de que el sol retomara su lugar y volviera a bañar con sus rayos a todo un pueblo que sufrió, pero que se levantó con energía y agradecimiento.

El doctor Sardá volvió a su mecedora y a las tardes de ajedrez, pero no sería por mucho tiempo. El enemigo del virus amarillo estaba agazapado, moviéndose lentamente para volver a atacar.

## EL REGRESO DE LA FIEBRE AMARILLA

Todo lo vivido regresó a la cabeza del doctor Sardá como si fuera una pesadilla, habían pasado ya nueve años desde que la epidemia de fiebre amarilla había azotado a su población y él se había jugado la vida para tratar de defender a los habitantes. En ese entonces en tan solo tres meses logró vencerla, pero lo que no intuía era que el virus se estaba moviendo y que, si esta vez había dejado en paz a su comunidad, era solo para buscar albergue en otro sitio.

El presidente de la república fue quién le dio la noticia: se había presentado una epidemia muy grave de fiebre amarilla en las regiones de Izabal y Zacapa, al oriente del país, era 1905, empezaba el siglo y en esta ocasión el presidente pidió a los médicos más destacados del país que integraran una comisión para atender la emergencia, entre ellos estaba el doctor Sardá y junto a él pelearían Silverio Pinto, Toribio Duarte, César Vásquez, Ángel Rivera Paz, Jorge Arreola, Julio Bianchi, Juan Vives y dos practicantes Marcial Lagos y Alberto González.<sup>8</sup>

El doctor Sardá nunca perdía el buen humor ni la esperanza. En el automóvil que les llevaba a Zacapa vio por la ventana todo el verde de su nuevo país que le agradaba la vista, sintió el aire tibio y sonrió. A su lado, el doctor Bianchi sonrió también, “doctor Sardá, usted es la única persona que va alegre hacia la muerte”, le dijo, y los dos rieron.<sup>9</sup>

Lo primero que hicieron fue construir lazaretos para poder aislar a los pacientes que ya estaban contagiados. La experiencia de San Antonio Suchitepéquez les mostraba que los contagios eran rápidos y severos, así que lo más importante era tener confinados a los enfermos lo antes posible.

Cuando el doctor Sardá llegó a las tierras cálidas de Zacapa en el mes de julio le informaron que había por el momento 15 defunciones, pero el número de enfermos era imposible de contar. Sospechaba que en cada calle había por lo menos una casa marcada, lo que significaba que dentro vivía un enfermo. Un mes después, en agosto, el número de muertos ya había aumentado hasta 250.<sup>10</sup>

Sin embargo, esta vez había una diferencia importante: más información que en la epidemia de San Antonio. En 1881 el médico Carlos Finlay aseguró que la fiebre amarilla se transmitía por la picadura de un mosquito, pero nadie le había creído. Tendrían que pasar 20 años y muchas muertes para que su teoría fuera cobrando valor.<sup>11</sup> Por esa época los franceses intentaron construir un canal interoceánico en Panamá, pero fracasaron por culpa de las enfermedades tropicales, entre ellas la fiebre amarilla, que se multiplicaba sin límites entre los trabajadores. Murieron tantos de sus hombres que los franceses acabaron por rendirse y abandonar el proyecto. La fiebre amarilla en toda la región era un problema serio, sin solución aparente. Hasta que, a principios de siglo, en 1901, el médico cubano, William Gorgas, decidió poner a prueba la teoría de Finlay y mandar a fumigar todos los barrios afectados. Con eso no solo logró frenar la epidemia, también le entregó un conocimiento muy valioso mundo: los mosquitos transmiten enfermedades.<sup>12</sup>





**Figura 4.** *Narcís Sardà en su casa, conocida como “La casona” adonde llegaban todo tipo de pacientes en busca de ayuda.*

En 1905, en Zacapa, el doctor Narciso Sardá ya estaba al día de los avances de la comunidad científica, así que se ocupó de sanear las calles, de evitar los criaderos de este insecto, al tiempo que atendía a los enfermos. Pero la lucha no era fácil, a pesar de la nueva información, el mosquito era un enemigo casi invisible, que pululaba por todas partes y se escondía durante el día para atacar cuando todos estuvieran durmiendo.

A finales de agosto el doctor Sardá vio morir al primero de sus compañeros en la batalla: el practicante Arturo Ramírez; días después fallecieron los médicos Jorge Arriola, Juan Vives y César Vásquez.

Narciso organizó cordones sanitarios, separó las zonas, aisló a los enfermos y trazó un plan para acabar con la enfermedad barrio a barrio, casa a casa. Aunque se sentía bien y tomaba todas las medidas de protección

posibles, fue inevitable que se contagiara. Estuvo varios días confinado, sufriendo los síntomas de la enfermedad, pero Narciso era un hombre fuerte, no lo vencería la

enfermedad. Pasado el tiempo de cuarentena volvió al frente en el control de la epidemia hasta que pudo darla por concluida.

El presidente Manuel Estrada Cabrera estaba muy agradecido con los médicos que habían ayudado a erradicar la epidemia, les condecoró en un acto oficial. En agradecimiento, les ofreció que podían pedirle lo que quisieran y que él se los concedería; el doctor Sardá pidió que el ferrocarril llegara a su pueblo, con eso estaba beneficiando a toda su comunidad.

## EL HIJO DEL ALBÉITAR

Narcís Sardà Riusech nació en la provincia de Figueres, en Girona, vivió toda su infancia y el principio de la juventud en la calle del Castell número 17. En su casa se curaban enfermedades todos los días. Su padre y su abuelo, con los que compartía nombre, se pasaban los días inventando ungüentos y preparados que aliviaran los males de los caballos y las yeguas. A su puerta acudían hombres y mujeres con sus animales alicaídos y salían de allí vivarachos. Eran albéitares, los precursores de los veterinarios, hombres que, sin haber asistido a la Facultad de Veterinaria, se ocupaban de sanar y herrar a los caballos del pueblo.

Es posible que en esos años Narciso desarrollara el amor por la medicina, con el tiempo él también se ocuparía de crear medicamentos, pero ya no para caballos, sino para seres humanos, que llegaron incluso a curar de cáncer a dos personas.

Estudió en la facultad de Medicina de Barcelona y se graduó en 1881. Se sabe que su padre era un republicano comprometido y que su hijo heredó las mismas ideas políticas, lo que le valdría el exilio a finales de siglo. Salió de Barcelona escondido en un barril y se embarcó como polizón en un barco del que no tenía del todo claro el destino.

Llegó primero a Panamá, donde fundó un sanatorio en compañía de otro médico local. Fue allí donde inició la creación de sus “Píldoras antipalúdicas”, uno de sus primeros medicamentos para atacar las enfermedades tropicales que azotaban la región. Vivió solo unos meses en Panamá cuando decidió mudarse a Guatemala, específicamente a la ciudad de Quetzaltenango, en el occidente del país, donde llegó a ser el director del Hospital Nacional.

“El hospital es, después del general de la capital, el mejor de la República, por su amplitud, las condiciones de higiene en que se encuentra, los elementos de que dispone y que la ciencia moderna exige, para asistir a los que allí llegan buscando alivio a sus dolencias. Puede aislar cómodamente a doscientos ochenta enfermos y cuenta con una magnífica sala de operaciones, completo arsenal de instrumentos y aparatos quirúrgicos, biblioteca, anfiteatro anatómico, gabinete para estudios clínicos, almacén y farmacia con provisión de medicamentos”.<sup>13</sup>

En Quetzaltenango su actividad no se limitaba a la práctica de la medicina, se proyectaba también a la vida social, por eso fundó junto a su compatriota Salvador Delgado la Sociedad Española de Beneficencia de Occidente, que inició como una asociación que buscaba apoyar a los españoles recién llegados a Guatemala, acogerles y hacerles sentir en casa, pero que más adelante extendió sus funciones a trabajar por la cultura o por poblaciones vulnerables de su nuevo país. Los miembros de la sociedad compraron un mausoleo en el Cementerio Nacional de Quetzaltenango que diseñó el famoso artista italiano Desiderio Scotti, con el propósito de enterrar allí a los españoles fallecidos. También compraron un edificio que actualmente sirve como consulado *ad honorem* de España en Quetzaltenango.

En Quetzaltenango se casó con Francisca García y tuvo tres hijos. La fama del doctor se extendía por toda la zona, por eso recibía invitaciones de distintas municipalidades para que radicara allí. El alcalde de Cuyotenango le pedía en una carta que se convirtiera en vecino del pueblo, también el de San Antonio Suchitepéquez. Fue así como en 1895 se trasladó a San Antonio, la que sería su nueva y permanente casa y donde nacerían tres hijos más.

En San Antonio Suchitepéquez se instalaron en una casa al norte del pueblo, sin embargo, el espacio pronto les quedó pequeño, porque a su vivienda llegaban todos los días enfermos en busca de ayuda. Así que optó por mudarse a un terreno más grande, al sur, casi en la salida del municipio, donde instaló su “Villa Gloria”, también llamada “Casa Grande” o la “Casona”. Tenía varias habitaciones, una cocina y un comedor enormes y varios corredores donde se colocaban camillas para los enfermos.

La entrada a la casona estaba bordeada por árboles de pan, que habían traído de la India. Sus ramas delgadas sostenían enormes hojas verdes, cuyas venas amarillas resaltaban como si estuviesen pintadas; sus frutos, al principio verdes y espinosos, se convertían en grandes y marrones, que asemejaban a un pan y sus hojas también servían como medicina para la diabetes.

El pueblo no contaba con una botica, como solía llamarse en ese tiempo a las farmacias, así que el doctor Sardá, atendiendo a la necesidad, fundó una en un local contiguo a su clínica, donde también realizaba sus investigaciones científicas. Creó una medicina para la bronquitis a base de cisterpina, que, casualmente, los pacientes pronto descubrieron que también servía para la virilidad.

Pero sus medicamentos más destacados fueron los que creó para pacientes con cáncer. Para hacerlo se valió de la cicuta (*Conium maculatum*), una planta que produce unas pequeñísimas flores blancas que, en racimo, forman una especie de sombrilla. Son sumamente peligrosas, porque poseen un veneno capaz de paralizar y matar a un ser humano. El doctor Sardá sabía que además de su poder letal, tenían propiedades curativas y que el verdadero reto era usar esas propiedades eliminando el veneno. Intentó neutralizar su efecto nocivo con varias sustancias, dividirla en partes para determinar dónde estaba el veneno, aislarla, combinarla, probar de todo hasta conseguirlo. Lo logró: mezclándola con estricnina lograba darla en altas dosis, sin que su veneno causara efecto.<sup>14</sup>

El remedio funcionó. La primera en recibirlo fue una joven de Quetzaltenango que padecía cáncer de pecho y ya había recibido una intervención quirúrgica. Los médicos ya no le daban esperanza, sin embargo, el doctor Sardá sí tenía esperanza para ella. Fue la primera curada de cáncer. Más tarde sanó a un hombre que padecía cáncer en la boca.<sup>15</sup>

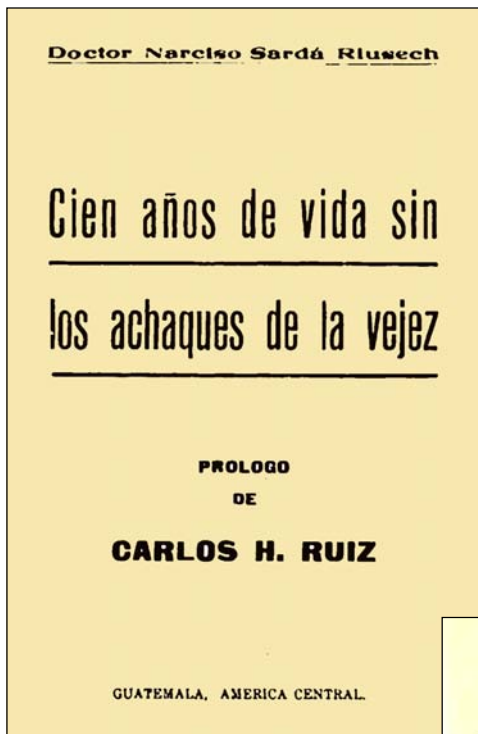
El doctor Sardá también llegó a ser alcalde de San Antonio Suchitepéquez en dos ocasiones. Los vecinos lo admiraban y le querían, especialmente porque él nunca cobró nada por sus consultas médicas, ni por las hospitalizaciones. Pensaba que la medicina no era un negocio para lucrar, sino una pasión de entrega al prójimo. Por eso, para mantener económicamente su clínica y el hospital, se valía de otros negocios como una fábrica de jabón y una de cerillos que instaló en el pueblo, además de los cultivos de su finca y el Hotel Sardá, el único en la comunidad y que recibía a visitantes de todo el país.<sup>16</sup>

Su amor por su nuevo hogar le llevó a donar un terreno de su propiedad para fundar una escuela que hasta la fecha lleva su nombre. Una escultura con su rostro se exhibe en la Facultad de Medicina de la región, en homenaje al su legado.

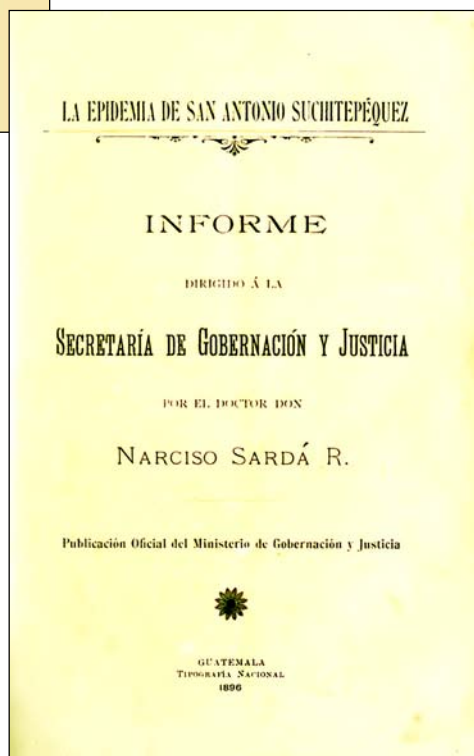
El doctor Narcís Sardá Riusech murió en 1937 y fue enterrado en la Villa Gloria, el lugar donde sanó y atendió a miles de enfermos.

## NOTAS

1. DELAPORTE, F. *Historia de la fiebre amarilla: Nacimiento de la medicina tropical*. Ciudad de México: Universidad Autónoma de México, 1989.
2. “Una fiebre recorre el pacífico”. En: *Gazeta de Guatemala*, 1804.
3. SARDÁ RIUSECH, N. *Informe médico sobre la epidemia de fiebre amarilla*. Guatemala: Tipografía Nacional, 1896, p. 7.
4. *Ibídem*, p. 8.
5. *Ibídem*, p. 24.
6. *Ibídem*, p. 25.
7. *Ibídem*, p. 28.
8. “Un figuerense en Guatemala”. En: *Ampurdán*, 22 enero 1941.
9. RUIZ, C. H. “Sardá y su teoría del largo impulso vital”. En: *El Imparcial*, 12 agosto 1932.
10. SARDÁ RIUSECH, N. *Informe médico sobre la epidemia de fiebre amarilla... op. cit.*, p. 34.
11. BLANCO, R. G. “Carlos J. Finlay”. En: BLANCO, R. G. *Cien figuras de la ciencia en Cuba*. La Habana, Cuba: Editorial Científico-Técnica, 2002, p. 277.
12. *Ibídem*, p. 277.
13. MORENO, E. *La ilustración en Guatemala*. Guatemala: Tipografía Nacional, 1935.
14. RUIZ, C. H. “Sardá y su teoría del largo impulso vital”... *op. cit.*, 12 agosto 1932.
15. *Ibídem*.
16. “Un figuerense en Guatemala”... *op. cit.*, 22 enero 1941.



**Figura 5.** Portada de la obra "Cien años de vida sin los achaques de la vejez", publicada en el año 1931.



**Figura 6.** Informe del Dr. Narcís Sardà del año 1896 sobre la epidemia de San Antonio Suchitepéquez.